

==== Capítulo II ====

*Que el sueño te acoja en sus brazos
y tu mente quede en blanco,
que no puedas sentir dolor mientras duermes...
Que así sea.*

Un lento y profundo suspiro escapó de los finos labios del joven, y sus ojos se cerraron. Cayó en un sueño tranquilo, pesado, donde no había tormento alguno aunque su espalda siguiera ardiendo.

Ahary suspiró de alivio. Lo que Katniss había hecho era un milagro: ojalá ella hubiera podido hacer algo así por él.

Al menos ya había pasado, aunque las preguntas seguían sin respuesta.

—Gracias por venir, hermana —le dijo, volviéndose hacia ella—. Siento haberte molestado, pero... pero el pobre chico...

Katniss había aparecido poco después de la amanecida, con aspecto cansado pero resuelto. No había dicho una palabra, sencillamente comprobó la situación y de inmediato puso al desconocido a dormir para ahorrarle el dolor.

Su hermana, unos años mayor que ella, se echó hacia atrás la melena negra, tan distinta a la suya, que era rubia y muy lisa.

—¿Tú estás bien? —le preguntó con dulzura, mirándola con sus poco comunes ojos violetas.

Era probablemente la única persona en la comunidad *sharu* que era siempre amable con ella. Los demás, incluidos sus padres, sus familiares y todos los que conocía, si no la despreciaban la trataban con indiferencia o con lástima.

Tal vez por eso Katniss la sacó de allí, llevándosela lejos a aquella cabaña de madera en el remanso de un río sin nombre.

~ 1 ~

—Sí, estoy bien —asintió Ahary—. ¿Por qué no iba a estarlo? —Se mordió el labio inferior un momento—. Bueno, me estaba dando un ataque de preocupación por el chico. Me sentía inútil por no poder hacer nada por aliviarlo, pero todo bien, sí.

Lo dijo a toda prisa y sin pararse a respirar, haciendo reír a su hermana, que alargó una pálida mano y le acarició el cabello. Luego Katniss observó su anillo, coronado por una piedra nebular que hacía apenas un momento había brillado como si tuviera una estrella dentro: así había hecho dormir al chico, con su poder, su *sharuessa*.

Ahora la gema no parecía nada especial, pero mientras su hermana había recitado su petición, había titilado con luz propia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mayor de las dos tras unos instantes de silencio.

Ahary desvió la mirada de sus ojos grises otra vez hacia el joven, encogiéndose un poco.

—Eso quisiera saber yo, Kat, eso quisiera —respondió—. Iba a ir a dibujar, y oí ruidos, chapoteos, y ahí estaba él, una sombra en realidad, porque no veía apenas nada, y él ni siquiera podía mantenerse en pie, eso se notaba hasta a oscuras, así que me acerqué.

Se detuvo solo para tomar aire y seguir.

—Ni siquiera sé cómo ha podido llegar hasta aquí. ¿Vendrá de lejos? Pues no tengo ni idea, la verdad, lo único que sé es que el pobre chico estaba caliente, muy caliente, y su espalda ardía, como poner la mano en el fuego, muy sobrenatural, ya sabes. Sentí lástima y sé que tú también la habrías sentido, y por eso lo traje aquí. Pensé que algo malo le pasaba, algo muy malo, porque sus marcas hacen... cosas raras. No sé si eso es normal, pero... a mí más que algo mágico común, me pareció una tortura.

Katniss suspiró, metió una mano en la pequeña bolsa que colgaba de su cintura y extrajo lo que Ahary identificó como una serpentina de color verde claro, también llamada «piedra infinita». Después su hermana se inclinó sobre el desconocido y examinó su espalda poco a poco, sin tocar las líneas.

A la luz del día el movimiento era errático, aparecía y desaparecía, pero era visible como se ve un pez justo debajo de las aguas estancadas.

La *sharu* recitó una pequeña petición:

*Que el poder de mi alma
me permita ver
el mal de este cuerpo.
Que así sea.*

La gema en la mano de Katniss brilló con suavidad, a duras penas un leve fulgor, mientras ella extraía expertamente la energía que contenía para descubrir qué era lo que hacía sufrir al joven que yacía en el lecho, respirando tranquilo por fin aunque solo durante un rato.

Como si pudiera sentir esa energía que lo palpaba con gentileza, el desconocido frunció la nariz y siseó.

—¿Siente lo que le haces? —interrogó Ahary con curiosidad, pero en lugar de dejarla responder siguió hablando—. Su expresión es diferente, pero no parece molesto. —Se arrodilló junto al lecho para ver mejor al joven, tentada de tocarlo—. ¿Puedes sentir algo, Kat? ¿Qué le ocurre?

—No debería reaccionar —negó su hermana—, está profundamente dormido. No sé por qué... ¡Ay!

Bruscamente Katniss se apartó y sacudió la mano: había tocado las marcas candentes.

Ahary no pensó cuando por instinto se la cogió y le puso el paño mojado con el que había estado intentando aliviar al muchacho. Ella lo agradeció con un leve cabeceo, pero tenía el ceño fruncido.

—Te lo dije, es muy raro —dijo la pequeña—. Quema y no parece cesar. Quien haya hecho esto tiene muy mala baba, o algo en contra del chico.

—Desde luego —asintió su hermana—. Parece magia muy avanzada, y ya sabes lo celosos que son los hechiceros con sus cosas.

Toda su sociedad estaba dirigida por los usuarios de la magia, que despreciaban a los *sharu* por su necesidad de cánticos y gemas. Y esos usuarios, hechiceros, magos y

aprendices, guardaban sus secretos, sus lecciones y sus enseñanzas como si temieran desvelarlas... o como si no consideraran que el resto fueran dignos de tal conocimiento.

—Tal vez sea un experimento que han hecho —continuó Katniss—, pero no te lo puedo asegurar. Tendré que consultarlo con el maestro y estudiarlo a fondo.

—¿Crees que alguien ha podido cogerle y experimentar con él de forma tan cruel? —se horrorizó Ahary—. Sea como sea, gracias a ti parece mucho más aliviado, y eso era lo más alarmante. Estoy segura de que sabrás qué le pasa y cómo solucionarlo. —Le sonrió a su hermana—. Eres muy aplicada, siempre lo has sido. Confío en ti.

También Katniss le sonrió; luego dejó el paño en el cubo y se secó la mano en la túnica.

—Tendrás que cuidar de él mientras voy a buscar al maestro, Ahary —le advirtió.

—Sí, lo sé, lo daba por sentado, aunque... —La pequeña de las dos hermanas miró a la mayor, preocupada—. ¿Qué se supone que debo hacer con su dolor?

—Seguramente no muera a causa del dolor —respondió esta, dubitativa—. Dale todos los sedantes que puedas, y distráelo. Si no se concentra en lo que sufre lo sentirá menos.

—No sé yo si con algo así uno puede distraerse. —Ahary se mordió el labio inferior—. Pero haré todo lo posible, aplicaré todo lo que me has enseñado estos años. Y si no lo distraigo, le arreo en otro lado, y así le dolerá el golpe, ¿no? —trató de bromear.

Katniss dio un respingo y lanzó unas rápidas carcajadas antes de avanzar hacia su hermana y abrazarla con fuerza. También era la única que era siempre afectuosa, espontánea y protectora con ella; sus padres hacía mucho que habían dejado de serlo.

—¡Nunca cambies, hermanita! —pidió con dulzura—. Será mejor que me vaya.

«Tú tampoco cambies nunca», pensó Ahary con tristeza. «Eres la única que me mantiene cuerda».

Era la única que la valoraba.

Le devolvió el abrazo a su hermana con la misma fuerza.

—Voy a echarte de menos, ya lo sabes —dijo—, pero te esperaré con el chico bien cuidado y un buen plato para tu estómago.

—Eso espero —rió Katniss; la besó entonces en la frente, con ternura fraternal, y se separó—. Me marchó, entonces. Volveré tan pronto como pueda.

—Ten cuidado en el viaje, y cuídate.

Antes de que se marchara la obligó a llevarse algo de comida.

Unos minutos más tarde la *sharu* ya se iba, partiendo a buscar a su maestro para salvar al muchacho que yacía en su casa, inmóvil e inconsciente.

Unas horas más tarde, por desgracia, el joven ya no pudo seguir sumido en la calma de un sueño plácido. Bruscamente sus ojos se abrieron, oscuros y brillantes como noches estrelladas, y se clavaron en Ahary como si siempre hubiera sido consciente de su presencia, de dónde estaba y lo que hacía. La miraba de un modo fijo, intenso... distinto.

La joven dio un respingo, sorprendida. No había esperado un despertar tan pronto, ni que la atrapara cambiándole los paños, que se secaban más deprisa de lo que parecía posible, y todavía menos que la contemplara de aquel modo.

Boqueó ligeramente, devolviéndole la mirada con evidente nerviosismo.

—Eh... Esto... —titubeó—. Te... te hará sentir mejor.

Le dejó el paño húmedo y frío sobre la espalda. El cuerpo febril se tensó y volvió a relajarse, pero el chico no apartó la vista ni hizo mueca de dolor alguna. No obstante sí asintió, apenas perceptiblemente.

—Y por la reacción de tu cuerpo, diría que lo agradeces. —Se movió para arrodillarse frente a él—. Voy a cuidar de ti, y mi hermana te ayudará. Aún está aprendiendo, pero sabe mucho sobre temas mágicos; vendrá con ayuda para saber qué te está pasando, así que... Aunque parezca mentira comienzas a ser un chico afortunado, ¿verdad? Al menos un poco más afortunado que anoche.

El joven la miró en silencio unos momentos. No dejaba de observarla con unos ojos oscuros, insondables y atormentados.

Entreabrió los labios y se los relamió con lentitud. Un leve jadeo escapó entre sus dientes antes de que, al fin, lograra hablar con una voz mucho más juvenil de lo que sugería su aspecto:

—Lo... siento.

Ahary abrió los ojos, sorprendida. No entendía por qué se disculpaba.

—No —negó—, lo lamento yo por no poder aliviar tu dolor como hace mi hermana, pero pronto vendrá.

Ella estiró una mano y le tocó los labios.

—Los tienes muy secos —dijo—. Te ayudaré para que bebas algo, te hace falta.

Cuando se sintiera mejor sería el momento de hacerle preguntas, pero entonces, tal y como estaba, no era la ocasión; apenas unía dos palabras.

El joven tragó saliva costosamente.

—Gracias —murmuró con voz áspera— Muchas... gracias.

Ahary negó con la cabeza.

—Dámelas cuando estés bien —dijo.

Después se levantó, pero solo para ir a tomar un cuenco, llenarlo con agua fresca y regresar junto al desconocido, depositando el objeto en la mesa baja de madera junto al lecho.

—Voy a moverte un poco —advirtió—, así podrás beber. Confía en mí, no te haré daño.

«Yo no. Suficiente tienes con las marcas».

Fueran lo que fueran, el dolor parecía indescriptible.

La muchacha inspiró hondo y trató de moverlo con cuidado, lentamente. Los paños que le cubrían la espalda cayeron sobre la cama, pero al menos al enderezarse un poco el joven podría beber algo.

«¿Qué has hecho para merecer algo así?».

El chico se esforzó por mantenerse al menos lo bastante enderezado, pero lo hacía apoyando una mano en la pared, con los dedos arqueados y los nudillos blancos por el esfuerzo. Tenía la mandíbula tensa, advirtió ella, pero la mirada calma y fija.

—No sé cómo lo haces para soportar ese dolor —musitó Ahary—. Bueno, ni siquiera sé cómo te han hecho algo así, porque espero no hayas sido tan tonto de hacértelo tú...

Lo tomó del rostro con una mano para tratar de darle la bebida, esperando que le sentara bien, que lo aliviara.

El joven cerró los ojos y bebió a pequeños sorbos, tragando con dificultad hasta quedar saciado. Después ladeó ligeramente la cabeza, apartándose del cuenco y relamiendo las últimas gotas de agua que habían quedado en sus labios.

Volvió a mirarla, ahora de medio lado, con los párpados entrecerrados.

—Ellos... —murmuró—. Ellos querían... atar... mi poder.

—¿Ellos? No creo que hables de los *sharu*, pero entonces... ¿Magos? ¿Dices magos? ¿Unos magos te han hecho esto? ¿Por qué? ¿Envidia, miedo?

Él se relamió, entreabrió los labios para responder... pero de pronto por sus ojos cruzó una sombra de dolor, y de su boca escapó un gemido.

El fuego volvió más fuerte que antes, robándole la voz y convirtiendo al joven sereno en una pobre criatura que se retorció de agonía.